

La idea de “sublime” en Burque y su relación con la historia

Carlos Longhini

Hayden White hace referencia¹, como un punto capital del desarrollo de las formas historiográficas modernas, a un proceso de “des-retorización” que se impone con el objetivo de lograr una auténtica especialización del pensamiento histórico que permitiera la consolidación de un tipo de conocimiento que pueda arbitrar definitivamente en su relación con el status de realidad de los acontecimientos históricos todo esto, claro, en el interior del esfuerzo por distinguir el discurso histórico del ficcional. Los historiadores producen narraciones que –según el autor- pueden analizarse en términos de sus *topoi* retóricos que se hallan canonizados en la noción de “estilo intermedio de aclamación”, siendo la consecuencia más importante de tal observación que la subordinación de la narrativa histórica (y de cualquiera) al modo de estilo intermedio supone la exclusión de otras opciones estilísticas y, por tanto, “esto tiene implicaciones para el tipo de acontecimientos que pueden representarse en una narrativa”. Una de las consecuencias más importantes es que se lleva a cabo un trabajo de disciplinamiento de la imaginación en general, y de la imaginación histórica en particular, produciendo múltiples exclusiones y limitaciones respecto de lo que puedan considerarse hechos históricos. A resultas de este análisis surge que hay una estrecha vinculación entre historia y estética en este punto y, con el objetivo principal de alcanzar una representación fidedigna de los hechos históricos, se produce una progresiva regulación de la imaginación a la vez que se impone una mayor especialidad que consiste en “subordinar la historia escrita a las categorías de lo ‘bello’ y suprimir las de lo ‘sublime’”. El disciplinamiento en el trabajo del historiador no

¹ El análisis llevado a cabo en el presente se limita al libro *El contenido de la forma*, Paidós, Barcelona, 1992.

consiste en una prescripción de lo que deba hacerse sino que adopta la manera de la exclusión de ciertas formas de imaginar la realidad histórica.

H. White va a aludir al importantísimo debate que se produce hacia fines del XIX en torno a las ideas de “sublime” y de “bello”² y que, en gran medida, están motivadas por el texto de Edmund Burke *Indagación filosófica sobre el origen de nuestras ideas acerca de lo sublime y de lo bello*, Tecnos, Madrid, 1987. Dicho debate se complejiza enormemente y para White su mayor importancia radica en el progresivo desplazamiento de lo “sublime” y la creciente relevancia de lo “bello” como solución de los problemas del gusto y de la imaginación. Además, porque “estos problemas se concibieron en función de la respuesta de la imaginación a diferentes tipos de fenómenos naturales: los que poseían la capacidad de ‘encantar’, y los que ‘aterrorizaban’ (por su grandeza, magnitud, respeto, etc.)”. Esta es una cita que presenta casi textualmente un pasaje del texto de Burke que –a mi modo de ver– es interpretado erróneamente por el autor, visión ésta que se agrava en la consideración de que “Si bien –(Burke)– identificaba el sentimiento de lo sublime a lo que el sujeto debe sentir en presencia de la majestad política, no abordó explícitamente la cuestión de lo sublime y lo bello con respecto a los fenómenos históricos o sociales”. De hecho, “la obra de Burke *Reflexiones...* puede considerarse uno de los muchos esfuerzos por exorcizar la noción de lo sublime de cualquier aprehensión del proceso histórico...”. Se trata de una comprensión parcial de la postura de Burke que tiene como consecuencias inmediatas –entre muchas otras posibles– la de interpretarla de un modo incompleto y distorsivo, ocultando, como se verá, otras posibles potencialidades del texto del autor.

Sin dudas la importancia de este tema está casi en su totalidad contenida en su *Indagación*³ y, básicamente, reedita las complejas relaciones entre ambos conceptos. El principal objetivo de este trabajo se centra en el análisis de lo sublime llevado a cabo en dicha obra y que se enmarca dentro de una tradición empirista que otorga particular relevancia al papel de lo sensible: “*Todo lo que resulta adecuado para excitar las ideas de dolor y*

² Por supuesto, estas temáticas son muy anteriores en el tiempo pero el autor en este tramo de su investigación está particularmente interesado en este período.

³ La primera edición es del año 1757 y dos años más tarde aparece una segunda edición considerablemente aumentada.

peligro, es decir, todo lo que es de algún modo terrible, o se relaciona con objetos terribles, o actúa de manera análoga al terror, es fuente de lo sublime; esto es, produce la emoción más fuerte que la mente es capaz de sentir" (I, VII). Para Burke no hay ningún tipo de dependencia entre placer y dolor sino que ambos son de naturaleza positiva aunque, sin embargo, es posible llevar a cabo una diferenciación entre placer positivo y placer negativo (alivio por cese de dolor o peligro) como así también entre dolor positivo y dolor negativo (pérdida de placer que conduce a la indiferencia). El placer que genera el "alivio de dolor" –deleite (*delight*)– es mucho más fuerte que el que suscita la belleza, y esto es así porque el deleite está íntimamente relacionado con dos pasiones que son de tal importancia por ser constitutivas del ser humano y por ser el lugar de confluencia de toda pasión humana. Una es la *autoconservación* que es la de mayor poder, "Las pasiones propias de la conservación del individuo se relacionan preferentemente con el dolor y el peligro, y son las pasiones más poderosas de todas" (I, VI: 29). La otra se refiere a la sociedad distinguiendo dos dimensiones igualmente importantes, la referida a los sexos y la de la *sociabilidad* como los diferentes modos de relación con otros seres tanto humanos como no humanos. El deleite se experimenta ante el dolor y el peligro de lo sublime, sin embargo es necesario que haya una cierta distancia entre el peligro y el individuo ya que si "el peligro o el dolor acosan demasiado, no pueden dar ningún deleite" (I, VII: 29). Es necesario insistir en que las pasiones humanas confluyen –como en su expresión de máxima concentración– en la *conservación* y que si ésta se ve amenazada se impone el terror como experiencia inevitable. La variedad contemplada por Burke de elementos que puedan poner en peligro al hombre están identificados por fuerzas superiores –entre los cuales además de Dios se nombre reiteradamente al *poder*– tiene como consecuencia que los hombres tomen conciencia de su propia fragilidad. Burke reconoce a lo sublime como un ámbito distinto y superior a la belleza sobre todo por sus mayores cualidades emocionales.

Naturalmente la concepción de Burke se encuadra en lo expresado por H. White en el sentido de que la historia es la narración de una no correspondencia entre el deseo y la ley. Efectivamente Burke tematiza cualidades de hechos políticos que suponen ideas de temor "no conozco nada sublime que no sea alguna modificación del poder", aunque –recordemos– son experimentadas desde una distancia que transforman al sujeto en un espec-

tador pero esa escena es siempre la conciencia de un sujeto que está frente pero también dentro de un mundo. Si la historia —al decir de White— tematiza el conflicto entre el deseo y la ley, es claro que en el texto de Burke la tematización está articulada por la *díada* pasión/historia. La idea de lo sublime no sólo no desaparece sino que *es* la experiencia que efectivamente da cuenta de la dimensión del poder con relación al sujeto. La *afección* respecto de su innegable naturaleza pasional sitúa al hombre *permanente* en la escena de la historia que es a la vez que *distancia*, también lugar y oportunidad de acción.